



REVUELO DE PINGUINOS EN LA ISLA DE LOS ESTADOS

muestra muy celoso de sus prerrogativas, observa ciertas reglas protocolarias así que se anuncia una visita.

Cuando fondea un buque en el puerto, sale á su encuentro armado de un fusil y rodeado de todos los perros, sus fieles súbditos. El buque le saluda con tres mujidos de la sirena, y él contesta con tres disparos. Luego de esta ceremonia, el personaje da libre entrada en sus dominios á los extranjeros, y les ofrece la hospitalidad de su casa.

Lo positivo de estas visitas, algo burlescas, es que los navegantes, hastiados de los víveres rancieros de á bordo, saborean placenteramente las aves tiernas del señor gobernador, los huevos de su corral y las ricas conservas ó vinos procedentes de algún naufragio.

El regalo con que le agradecen los marinos su hospitalidad suele consistir generalmente en un fusil, y de aquí que el gobernador de la isla de los Estados tenga en su casa de madera un armero igual al de un cuerpo de guar-

asiento. Cuando el marino bajó á tierra y fué á la cabaña de Zucarelli, éste había ocultado todas las sillas y no las sacó hasta que el comandante, comprendiendo su enojo, tomó á risa el suceso y le dió el título de gobernador.



EL GOBERNADOR Y ÚNICO HABITANTE DE LA ISLA DE LOS ESTADOS

dia. El almacén queda abierto generosamente á los navegantes, y éstos se surten de cuerdas, piezas de madera y bronce y hasta de carbón algunas veces, todo procedente de buques encallados en la costa, en los que penetra el gobernador cuando los días son bonancibles y el mar está en calma. Muchos naufragos que consiguen llegar á tierra viven bajo su autoridad paternal, hasta que llega un buque que puede trasladarlos á Ushuaia.

El famoso Zucarelli no permite que quede impune la menor falta de respeto á su autoridad. Un comandante de buque de guerra, hombre malhumorado é incapaz de bromas, le recibió á bordo con cierta altivez, sin ofrecerle

La llegada de un buque portador de noticias del mundo es un hecho extraordinario en la vida de este Robinsón antártico. Luego, al alejarse la nave, el gobernador queda solo, completamente solo, en el último rincón de la tierra, hablando con sus perros, que le miran inteligentemente y tal vez le comprenden, pero no pueden contestarle. De vez en cuando sale de excursión por sus dominios, bajo un cielo gris que chorrea agua incesantemente; por entre rocas, que tienen en sus cornisas filas inmóviles de pingüinos, negros y blancos; á lo largo de playas, en las que se amontonan lobos y elefantes marinos, arrastrando su corpachón aceitoso; bestias torpes, que parecen aclamar, con sus estridentes ladridos, la presencia del señor gobernador.

LA República Argentina necesita gente. «No será el humo de las batallas — dijo Alberdi —, sino el humo de las locomotoras el que liberte á Sud-América de su principal enemigo, que es el desierto.»

Otro pensador argentino, Sáenz Peña, ha clamado elocuentemente contra el estado actual de la población de la República. ¡Seis millones y medio de seres sobre una extensión de tres millones de kilómetros cuadrados! . . .

Una décima parte de tan enorme extensión de suelo está únicamente cultivada. El resto se ofrece á la actividad y las iniciativas de todos los hombres de la tierra.

La población excedente y ansiosa de fortuna de las naciones de Europa emprende la marcha hacia la joven República, «país de esperanza», en el que todos radican sus ilusiones y ensueños.

El ansia de mejorar de posición, la fiebre de aventuras, arrastran por igual á lo bueno y lo malo, lo útil y lo inservible, y de aquí que no toda la corriente inmigratoria quede allá, y que un sobrante vuelva á Europa. Arraigan en el país las gentes sobrias, trabajadoras y fuertes; son repelidos como elementos inasimilables los viciosos, los indolentes y los débiles.

En Argentina hay que trabajar mucho más que en Europa. Los que se imaginan que en la gran República de la América del Sud van á llevar una vida de regalada holganza, están destinados á sufrir las más crueles desilusiones. En cambio, á los animosos y fuertes les aguardan gratas sorpresas en aquel país, pues en ninguna parte del mundo consigue el trabajo mayores ganancias, y se ofrecen ocasiones más favorables para ejercer la actividad.

Los tres factores de la riqueza argentina son actualmente la agricultura, la ganadería y el comercio; y á ellos hay que añadir la industria, que en estos momentos empieza á desarrollarse.



El agricultor, el hombre de pastoreo, el dependiente de comercio, el obrero hábil en las artes manuales, pueden embarcarse sin temor con rumbo á la Argentina. Hay en ella espacio, trabajo abundante y bienestar para todos. Ellos son los hombres que necesita la República.

Los ineptos, que jamás tuvieron una profesión determinada y carecen de energía para improvisarla en el Nuevo Mundo, esos, fatalmente, están destinados á engrosar la muchedumbre inútil amontonada en Buenos Aires, sin pan y sin tranquilidad; sedimento indigerible, peso muerto de la corriente inmigratoria.

Vayan á la Argentina labradores, comerciantes y obreros manuales. Quédense en Europa abogados, médicos y empleados, si es que no se sienten con valor para cambiar de profesión.

Las comarcas casi desiertas de la Argentina necesitan brazos é iniciativas. En sus ciudades hay de sobra doctores y aspirantes á empleos.

Los pequeños capitalistas de Europa que viven estrechamente del producto de una renta módica, conocerían la abundancia y la verdadera fortuna trasladándose á este país, donde tantas cosas hay todavía por hacer.

Un pequeño capital (por exiguo que sea) en manos de un hombre activo, es en la Argentina algo semejante á la vara legendaria de Moisés, que hacía surgir agua de las peñas. Allí donde toque le contestará la riqueza natural de esta tierra privilegiada, surgiendo á borbotones.

Madrid, 15 Enero - 28 Junio de 1910.

## ÍNDICE

	Páginas.
Anteportada . . . . .	1
Portada . . . . .	3
Dedicatoria . . . . .	5
Al lector . . . . .	7
 CON RUMBO Á LA ESPERANZA . . . . .	 9
 <b>EL PAÍS ARGENTINO</b>	
I. — Grandeza del territorio . . . . .	35
II. — Montañas, lagos y ríos . . . . .	47
III. — La raza . . . . .	74
IV. — Clima, fauna y flora . . . . .	102
V. — Agricultura, ganadería y comercio . . . . .	122
VI. — Valor de la tierra . . . . .	155
 <b>LA ARGENTINA DE AYER</b>	
I. — Los conquistadores . . . . .	159
II. — Los exploradores del Río de la Plata . . . . .	180
III. — La época de Don Juan de Garay . . . . .	206
IV. — La vida colonial. — La ciudad y el campo. — Las misiones jesuíticas . . . . .	220
V. — El virreinato y la Independencia . . . . .	252
VI. — El caos, la Edad Media y el Renacimiento . . . . .	284
 <b>LA ARGENTINA DE HOY</b>	
I. — El riel, el transatlántico, el remington y el alambre . . . . .	303
II. — Organización definitiva de la nación . . . . .	316
III. — La política . . . . .	340
IV. — El Ejército y la Marina . . . . .	345
V. — La educación . . . . .	357
VI. — Ciencias, Letras y Artes . . . . .	372